

Queridos Hermanos,

Hasta mi reciente asignación como el Rector de la Catedral, todo mi sacerdocio lo viví en el *desierto*. Y, aunque nunca me acostumbre al los veranos de 120°, le doy gracias a Dios por haberme enviado al lugar que nunca quise ir. Es interesante que le llamamos a ciertas áreas de la Diócesis “el desierto”, ya que un *verdadero* desierto es un lugar de aislamiento donde no se ve ni escucha nada. Debido a las condiciones inhabitables, el desierto es un lugar difícil para sobrevivir. Pero es precisamente este lugar que ha sido el corazón de renovación espiritual. El desierto ha visto a grandes santos tener encuentros profundos con Dios. Es la rica sabiduría de los Padres del Desierto forman parte de la fundación de nuestra Tradición Espiritual Cristiana. Se pueden encontrar maravillosas sorpresas en el silencio del desierto—que no es realmente silencioso. Es simplemente un lugar libre de distracciones donde podemos escuchar más profundamente a lo que *realmente* está sucediendo. La Cuaresma es nuestra invitación al desierto: una jornada espiritual a un lugar de paz y escasez.

La Cuaresma son cuarenta días para vivir vidas más sencillas y reflexivas y así enfrentarnos los demonios que nos atan a nuestras debilidades e imperfecciones. “Jesús permaneció en el desierto cuarenta días y fue tentado por Satanás. Vivió entre animales salvajes, y los ángeles le servían” (MC 1:13). Estas debilidades nos agobian y hacen que la vida sea más pesada de lo necesario. Al decidir limitar nuestras distracciones, obsesiones, ilusiones, dependencias e inseguridades por cuarenta días nos hacemos más auto-concientes y libres. Pero el prepararse para entrar al desierto requiere honestidad y un deseo por crecer y cambiar. Significa más que solo renunciar a cosas como el chocolate, el café o el vino por un tiempo. Si nuestros sacrificios no son acompañados con reflexión, oración y perseverancia, regresaremos a nuestra antigua vida al final de estos cuarenta días. El éxito de nuestra Cuaresma depende de nuestro reconocimiento de que Dios siempre es fiel a sus promesas. Nos tiene que importar su alianza si deseamos que nuestras prácticas cuaresmales tengan valor.

El mismo Dios que nos creó y formó en amor, es quien hace una alianza eterna con nosotros. “Cristo murió, una sola vez y para siempre...para llevarnos a Dios” (1 PE 3:18). Es Dios quien encontramos en el silencio del desierto cuando quitamos las superficialidades de la vida y aprendemos a vivir el gozo de la sencillez. El desierto nos da la fortaleza necesaria para descubrir lo que es verdaderamente importante. Aquí comenzamos a confiar más en Dios que en las comodidades pasajeras que este mundo proporciona. Transformados por los retos del desierto, podemos convertirnos en fieles testigos—no de lo que el mundo puede hacer por nosotros—sino, de lo que Dios puede y está haciendo en nosotros! Seamos perseverantes en pedir que esta Cuaresma sea santa y transformadora.

Deseándoles Paz,
Padre Alex